



Leo Zoreda

Montura vaquera: El aparejo

Texto y fotos: Leo Zoreda

La guinda del albardón vaquero es sin duda un buen aparejo con el que acompañarlo. En este capítulo trataremos en detalle todas las piezas accesorias, sus virtudes y defectos, así como su correcta colocación y tratamiento en los reglamentos vaqueros.

La cincha vaquera, siempre de cuero y siempre de color natural o avellana. Antaño nunca se tiñeron ni cinchas, ni aciones, ni cabezadas al objeto de evitar destintados y sobretodo para alargar su vida y facilitar su mantenimiento. El método antiguo de teñir en negro era tan sencillo como sumergir el cuero húmedo en una

formula compuesta por agua, vinagre y limaduras de hierro. El resultado era bueno y evitaba que destiñese como las anilinas, pero se pudo comprobar que este método reseca las fibras y acortaba la vida útil del cuero, de ahí que un buen aparejo se confeccionase en color natural, sin tratamientos químicos ni tintes que lo deterioren.

La cincha de petaca se confecciona en dos formas diferentes, a saber, cincha de petaca y cincha de librillo. La cincha de petaca va doblada con una unión en el centro, unas veces cosida a mano a media carne y otras cosiendo encima una correa más estrecha. También hemos visto cinchas dobladas por la mitad quedando los labios hacia atrás y cosidas a mano para cerrarlas. Cualquiera de los tres tipos solo se justifica en la reducción de costes del que la fabrica.



Ciertamente la cincha vaquera es de los pocos artículos de guarnicionería en el que el coste del material excede al de la mano de obra, ya que de una hoja de ternera solo obtenemos tres cuerpos de cincha dado su longitud y anchura. Pero si al guarnicionero le salió más barata la cincha de petaca puede que a nosotros nos salga bastante cara a la larga, dado que no puede engrasarse como es debido por mostrar solo la flor y en muchas ocasiones produce erosiones y rozaduras en la piel. Estas contraindicaciones vienen dadas en los casos donde se cose una correa de 2'5 cm. en un cuerpo de cincha de 6 cm. resultado la fuerza del puntal en la superficie de la correa estrecha y perdiendo superficie, es decir que tenemos una cincha de 6 cm. pero en realidad solo actúan 2'5 y eso créanme que duele o roza tarde o temprano.

La cincha de librillo es la cincha vaquera por excelencia. Esta es una cincha de piel de ternera de 1'8-2'2 mm de espesor y 180 mm de anchura. Se dobla en tres partes solapando cada uno de los tercios, como si de un tríptico se tratara, y queda así, sin más. En ocasiones encontramos alguna lumbrera de la guarnicionería que encola o cose las tres partes para que el cliente no vea que se abre, pero hemos de saber que solo se abren de nuevas y en la mano, ya que en cuanto la usemos una vez se aprieta y queda totalmente cerrada. La cincha de librillo ha de ir abierta para poder limpiarla y abrirla para engrasar con aceite el interior de la carne y conseguir que siempre esté hidratada y flexible. Su segunda virtud es lo tremendamente adaptable que es, al no ser rígida sus capas se deslizan y comprimen adaptándose perfectamente a la anatomía de cada cabalgadura.

Tanto en la de librillo como en la de petaca, buscaremos que tenga un buen par de hebillas fuertes asegurándonos que sean pavonadas y amarradas al cuerpo con sendos apliques de cuero fuerte, largos y cosidos a mano con buen cabo. El puntal cortado de la parte del lomo, para que no se estire ni deforme, con una longitud de 125 cm.

La correcta forma de cinchar es siempre por delante de la estribera pasándola algo adelantada en los brazos del animal, con la hebilla superior lo bastante alta para que no asome y nos moleste y la inferior a más de cuatro dedos del baste. El puntal lo metemos debajo de la zalea después de cinchar doblándolo por el centro a la altura de la hebilla de la baticola y cayendo la punta otra vez al lado izquierdo.

Las acciones vaqueras tan singulares como todo nuestro aparejo, son las únicas que no incorporan hebilla. Estas han de hacerse siempre en color avellana de 35 mm de ancho y de una longitud acorde a la estatura del caballista que oscila entre 1'90 m. y 2'30 m., buscando que no sobre puntal en exceso y sobretodo que no asome por el lado contrario. La acción debe ir solidaria a la hebilla aferrándose a esta a través del pasador, método preferible al de asir



■ Guarnicionería



la acción al estribo, ya que tenemos más libertad de movimiento en el estribo y evitamos que el pasador nos moleste ya que queda debajo de la zalea.

La medida oscila entre 190 cm. y 225 cm. para poder dar las dos vueltas que otorgan fortaleza y resistencia singular a este aparejo, anclando en el punto oportuno y pasando el puntal sobrante al lado contrario por debajo de la zalea, lo más delantero posible.

Es de gran ayuda que una vez hayamos montado unos días con unas acciones nuevas, anudemos un trocito de cabo a través del agujero elegido, para reconocerlo a la hora de montarlas después de la limpieza y engrase.

La baticola es otro de los aparejos singulares y característicos de nuestra doma. Esta siempre ha de ser del mismo color que el albardón. En monturas negras el morcillo y el bordado en agujeta de cabra, puede ser avellana aunque jueces y reglamento prefieren todo en negro. No debemos utilizar morcillos rellenos de aserrín como los utilizados en las guarniciones de enganche, ni morcillos pegados; serán al igual que la cincha de librilla, de piel algo más fina plegada para que podamos abrirlo para limpiar y engrasar.

Otra de las cualidades que buscamos es que sea largo, al menos de 30 cm. a la vista, para evitar



erosiones, pellizcos y algo tan feo como el que recoja las cerdas de la cola al trabajar.

Estribo vaquero: El ideal es el más artesano, como en todo lo nuestro. La medida de siempre es 14X26 cm pero en ciertas regiones, carentes de tradición campera, está muy extendido el 13X22 cm. Ciertamente el peso del estribo es importante; a la hora de perderlo a galope se recupera con facilidad y estribamos rápidamente debido a su peso y anchura. Otra de sus virtudes es la de tener mayor holgura para el pie previniendo en caso de caída quedar estribados.

Sin duda el mejor estribo para nuestra equitación es el 14X26, pavonado y de media caña que es aquel donde las piernas laterales son semicilíndricas y no de pletina plana que aunque se ven a menudo, son más débiles y se descuadran con facilidad. El puente siempre de pletina plana, con un fuerte piquete lo bastante ancho para pasar dos vueltas de acción y forrado de cuero.

El forro ha de hacerse con una ternera de 2 mm., bien fuerte, que resista golpes y encontronazos entre amparador y garrochista; debe ir relleno con algún material que reste acritud al hierro del puente, lo más recomendable es el fieltro de lana. Si solo se forrase con cuero al cabo de unas horas de trabajo nos dolería el empeine. Por último el forro del piquete, este es muy recomendable porque evita que las acciones se echen a perder por culpa del óxido.



La zalea merece un capítulo aparte pero abreviaremos en lo posible descartando de entrada toda aquella que va cosida a la almohadilla ya que suele esconder múltiples sorpresas en su interior, pieles con 12 ó 14 empalmes, espumas, fieltros y demás materiales de tapizado de sofás pero nunca de guarnicionería.

Una zalea como Dios manda es la que va confeccionada con una almohadilla de una sola pieza en la que a través de pespuntos se delimitan las defensas a rellenar de pelo; más cargado delante y detrás, más vaciado en las piernas, etc. Se protege con un rozadero de cuero de 2 mm para evitar que el roce de las hebillas rompan la lona y se refuerzan los agujeros de las agujetas con apliques cuero fuerte, que además de prolongar su vida nos permiten montar y desmontar toda la zalea sin ayuda de herramienta alguna.

Por último la piel merina, rasada a 8 mm., blanqueada con sosa cáustica y curtida con blanqueantes, llega al

taller del guarnicionero para ser cortada en dos piezas simétricas que se cosen a mano al centro; costura ésta indispensable para dar forma y evitar arrugas. Remata la faena un dobladillo cosido a mano en todo su perímetro y por último los refuerzos de cuero por donde pasarán reatillas y agujetas.

Agujetas, reatillas y porra ayudan a armar todo lo anterior. Las agujetas deben ser de un calibre de 1,5 aproximadamente. Las reatillas como ya sabemos, son una herramienta de emergencia en el campo, la medida idónea es de 125 cm. y 1'8cm. de ancho con una hebilla y pasador en su extremo. Siempre se ponen en monturas lisas y rayadas y nunca en moteadas, al contrario de la porra que es exclusivo de estas últimas.

Las fundas de perilla han de utilizarse en monturas moteadas para prevenir rozones en los dedos que cogen las riendas y que por efecto de esto desgastemos el moteado. Queda muy feo ver que la parte inferior de la funda se arruga y se vuelve hacia arriba, en prevención de esto se confeccionará en cuero grueso, de 3 mm., que sea duro y haciendo un acanalado en el interior, conseguiremos que no se levante hacia fuera y por supuesto nunca hemos de aplicar grasa o aceite alguno. Por toda terminación la funda de perilla lucirá un rayado o totalmente lisa.

La manta estribera como el reglamento y su propio nombre indican, ha de llegar al puente del estribo. La moda vaquera se ha decantado en los últimos tiempos por una manta más corta que es un inútil adorno testimonial de aquellas mantas de lana fuertes para tapar las piernas regresando a casa en el frío ocaso, que pudiera servir de capote si el frío aumenta y dormir al raso si es necesario en trashumancias y viajes a ferias. Los que somos más amantes de la verdad que del banal coqueteo estamos del lado de la manta grande, de pura lana y si es de Grazalema mejor que mejor. Atada a lo largo y nunca enrollada detrás de la perilla como si fuera el chubasquero de un excursionista. En algunas faenas como el acoso, el aleteo de nuestra manta puede molestar al caballo de soltar pero se arregla doblándola con los flecos al centro y atándola de nuevo y manteniendo la estética que nos ha de caracterizar.

Las mantas de algodón son un invento reciente que si ustedes lo prueban no abriga en absoluto y una manta que no abriga es como un cuchillo que no corta... ¡si se pierde no importa!



Funda de lona y guarda polvos son muy recomendables para proteger la montura del polvo y suciedad, de gatos que duermen sobre ellas y demás intrusos, pero nunca deben acompañar a la montura fuera del guarnés. Es altamente recomendable poner producto antipolillas entre funda y zalea, nos evitaremos muchos disgustos. Las fundas no son para montar sobre ellas. La idónea es de lona muy fuerte e impermeable y que sea muy práctica de poner y quitar. Yo a título personal me decanto por dos, o bien el guardapolvo que va solo sobrepuesto sin ninguna atadura o en los casos en que aparejamos las jacas con la funda puesta -por temor a la lluvia y la quitamos instantes antes de echarnos a caballo- va provista de un cinchuelo muy fino que amarra las cuatro esquinas de la funda. Este cinchuelo evita disgustos a los potros en días de viento y con solo soltar una hebilla sacamos la funda entera para disponernos a trabajar.

Contra toda creencia montar con funda no benefician a la albardilla. Los golpes dejan marcas de la trama en el cuero, destiñen manchando la zalea y sobretodo no dejan pasar "el arte"...El arte de la zalea tostada por las horas de sol, el cuero seco y brillante de la concha, el roce de los zahones y la impronta inconfundible de las duras jornadas de brega...y cuando un albardón reúne todo eso parece que nos relatara leyendas de campo, poesía de José León, esencia y duende del campo bravo, pasa de ser un simple aparejo a ser la biografía de una vida a caballo. ■